

cia remediaría este problema, algo más acorde con el bien académico que se desea sacar de las obras de este tipo.

Fuera de esto, *Estudios críticos sobre la novela colombiana* precisaría de un nuevo editor, alguien que al encomendar tareas como ésta tenga en cuenta el no permitirse hacer tanta divulgación de sus propios libros, dar paso a otros sellos editoriales y proponerse el ser lo suficientemente autocrítico con obras cuyo valor sólo será dado por un examen más justo y desenfadado. Reiniciar la búsqueda e indagar por un norte más adecuado.

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ

⊗
¡Un millón de ejemplares!

Simón Latino y la librería La Gran Colombia, patrimonio cultural de Bogotá

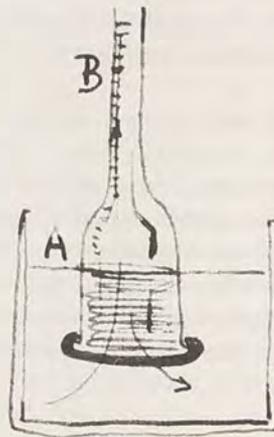
Albio Martínez Simanca
Alcaldía Mayor de Bogotá,
Instituto Distrital de Cultura
y Turismo, Bogotá, 2004, 201 págs.

Simón Latino y la librería La Gran Colombia, patrimonio cultural de Bogotá, es el título del libro con el que el profesor e investigador Albio Martínez Simanca ganó el Premio Nacional de Ensayo Literario Hernando Téllez en su edición 2004, premio convocado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

En medio de semejante título dos preguntas resaltan automáticas, algo obvias, algo ávidas, nada inútiles: ¿quién fue Simón Latino? ¿Qué fue la librería La Gran Colombia?

Reconozco que semejantes preguntas nacen de mi ignorancia, aunque también, porqué no, de una cierta irresponsabilidad generacional. Nada de nervios. Tampoco es como para que nos sintamos enfermizamente culpables. Como el mismo autor anota en la presentación

introdutoria al libro (pág. 12), la vida, o mejor el legado cultural de Simón Latino, nombre de pluma del jurista Carlos H. Pareja Gamboa, ha sido flagrantemente olvidado. Más que olvidado, discreta y educadamente dejado a un lado, un gesto recurrente en estos países de ídolos-de-seis-meses y en estas generaciones recientes entregadas con orgullo a la ignorancia como prueba de su sospechosa liberalidad.



Carlos Henrique Pareja nació en Sincé (hoy Sucre), antiguo departamento de Bolívar, en 1898, en una familia de filiación liberal, bajo la estela de un abuelo masón y ex ministro de Obras Públicas en el gobierno de Carlos E. Restrepo. Estudió Medicina en Cartagena y un tiempo después, en 1924, se trasladó a Bogotá, en donde terminó estudios en Derecho. Además de haber escrito uno de los primeros tratados de Derecho Administrativo en Colombia, Simón Latino escribió, en 1933, una de las primeras aproximaciones reflexivas al derecho soviético e introdujo al debate jurídico del país nociones como la del derecho obrero. En 1930 publicó su segundo poemario, *Canciones humildes. Versos pasados de moda*, con un tiraje efectivamente humilde de cien ejemplares. De ese mismo año data otro extraño y sorprendente texto: *Vida de Bolívar: para los niños*, un libro que, producto de su tono directo, sencillo y nada temeroso de enfrentar a sus lectores con la sanguinaria historia patria, ameri-

taría otras cuatro cuartillas; un libro convertido en referencia obligada en eso que se entiende como nuestra tradición de literatura infantil. En 1942 fundó una idea materializada como librería-editorial: La Gran Colombia, que hasta el final de sus días, en 1986, se ubicó en la carrera séptima a la altura de la calle 18.

Y paro aquí estas pinceladas biográficas, no porque ya no quede qué contar sino más bien para poder cerrar esta sección con lo que, tras mi lectura del libro de Martínez Simanca, me resultó más actual, más urgente de gritar: dicho proyecto editorial orientado desde la librería La Gran Colombia, tuvo como bandera principal una colección popular de cuadernillos de poesía hispanoamericana titulada *Los mejores versos*. Para expertos en la materia, como Harold Alvarado Tenorio, se trató del más ambicioso proyecto de difusión de la poesía en castellano que se hubiera hecho desde Bogotá. Por allí pasaron poetas como Barba Jacob y García Lorca, pero también apuestas en ese momento menos visibles como las de Alfonsina Storni y Meira Delmar. La colección, prepárese apreciado lector (o ustedes, incrédulos editores), llegó a publicar, en sus veinte años de existencia (1943-1963), más de un millón de ejemplares.

La vida de Simón Latino se *debatía* entre dos corrientes: su pasión por la literatura y en particular por la poesía, y sus investigaciones y reflexiones en el campo jurídico. Una combinación no demasiado sorprendente de no ser porque contiene algo de imprecisión. Si en algo se destaca el esfuerzo de reconstrucción biográfica realizado por Albio Martínez, es en la facilidad y soltura con que entiende y expone la conciliación humanista con que Simón Latino orientó estas pasiones que fueron su vida. En otras palabras, no se trató nunca de un *debate* como de un juego que exigía la amplitud de perspectivas. Las anécdotas que ayudan a entender su perfil contestatario y rebelde, se las arreglan al tiempo para mostrarnos a un hombre convencido del valor de lo institu-

cional, del valor de las transformaciones desde lo institucional. Para citar una sola de estas anécdotas rescatadas en el libro, yo hablaría de su pelea con el arzobispo de Cartagena, alrededor de 1918, cuando el joven Pareja recién se instalaba en la ciudad. El libro no entra en muchos detalles, pero es claro que las cosas pasaron más o menos así: Pareja y otro grupo de personas denuncian prácticas inapropiadas en el Hospital Santa Clara. El centro de salud lo dirigen las Hermanas de la Caridad. Las hermanas se convierten en responsables y sospechosas. El arzobispo se molesta y amenaza a Pareja con excomulgarlo. La excomunión no era en aquel entonces ningún juego. ¿Cómo enfrentó el futuro Simón Latino, este en principio nimio incidente de su juventud? Redactó un memorial que hizo llegar al entonces gobernador del departamento de Bolívar, y al final, la vinculación de las Hermanas de la Caridad al centro de salud fue cesada (pág. 25).



El libro de Albio Martínez se divide en cinco capítulos que de manera curiosa el autor denomina 'noticias', lo que estoy tentado a leer a modo de sutil protesta, como si contar la vida de Simón Latino, y plantear ciertas reflexiones sobre sus modestas, pero no por ello menos importantes contribuciones a la cultura literaria, jurídica y política del país, fuera un gesto de carácter actual. Los apartados se titulan de esta forma: "Primera noticia: Simón La-

tino"; "Segunda noticia: La Gran Colombia", y así hasta llegar a la quinta noticia: "Un intelectual olvidado", estas últimas pocas y breves páginas en las que se explica su partida de Colombia luego de los sucesos del 9 de abril de 1948 (es decir, luego de ser encarcelado y despreciado socialmente por nuestras maravillosas elites), su trasegar por Argentina, México, Estados Unidos y, por último, su llegada a Canadá, en donde enseñó hasta su muerte, ocurrida en 1987.

La constante a lo largo de estos cinco capítulos es la perspectiva histórico-biográfica, acompañada de una exposición clara y bien documentada. Las variables, pocas. Una de ellas, quizá la que más agradece el lector, es cierto giro a la altura del capítulo tres, un giro hacia un texto que, sin abandonar su estructura biográfica, se hace más reflexivo, capaz de polemizar con ciertas perspectivas histórico-políticas acartonadas y al tiempo relacionadas con los momentos vividos y protagonizados por este extraño individuo. Para destacar, también, lo siguiente: homenajear no es una tarea fácil. Quiero decir, hacerlo con dignidad, sin la rimbombancia tan propia de quienes adulan por compromisos de amiguismo, todo lo cual me recuerda una de esas frases contundentes del maestro Hernando Téllez, una de esas despiadadas críticas a la inexistente crítica de su época, formuladas a modo de definición: "despliegue tropical de exageraciones".

Hacer crítica literaria bien puede consistir en homenajear, y dentro de la dificultad que una perspectiva tal implica, la labor de Martínez Simanca resulta más que ajustada. No se trataba de convertir a Simón Latino en prohombre de la nación, pero tampoco de permitir su olvido. El ensayo, aunque cercano y por momentos nostálgico en su tono, jamás llega a ser meloso ni complaciente. Incluso, varios de los numerosos testimonios rescatados son fustigadores de la labor de Pareja, o bien de sus días como líder estudiantil o bien de sus lances poéticos. Eso sin contar con el ensanchamiento del género

del ensayo literario que esta investigación implica, porque demuestra que muchas veces la pregunta por la historia literaria o la cultura literaria del país, pasa no sólo por los textos literarios como tales, sino también por la vida de hombres que contribuyeron desde otros ángulos y desde otros oficios aledaños.

¡Un millón de ejemplares! Casi dos, según la versión de un ensayo, también sobre estos sorprendentes cuadernillos y su editor, escrito por Juan Gossaín y publicado en la Revista Casa Silva (núm. 2, enero de 1989, págs. 39-47); imagínense, cuadernillos que de existir en semejantes cantidades, es decir, en cualquiera de las dos cantidades, en un millón o en dos, deben estar esparcidos por cientos de bibliotecas de esta ciudad, refundidos entre anaqueles apestosos y anaqueles pulcros, conservando el espíritu de una época y, sobre todo, de unos pocos hombres para quienes, dentro de la idea del libro como objeto, cabía la posibilidad de lo democrático, de lo accesible para todo el mundo.

JUAN ÁLVAREZ



Palabras de una vida decorosa

Manual de tolerancia

Héctor Abad Gómez

Editorial Universidad de Antioquia,
Editorial Planeta, Medellín, Bogotá,
2007, 155 págs.

Manual de tolerancia es hoy, antes que nada, el libro del padre del que se habla en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince. Es un libro sin instrucciones para sobrellevar a los otros y lo que son, a pesar del título. Una colcha de retazos de pensamientos sobre variados temas compone un volumen que permite una lectura desordenada de los fragmentos o la cotidiana de la primera a la última página.